



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

IDEOLOGIA Y PROBLEMATICA

Por lo menos a la sociología hasta hace poco vigente o, al menos, a una de sus manifestaciones que se ha autodenominado «del conocimiento», se le debe reconocer el mérito de haber sacado punta a un hallazgo importante: el de la correspondencia entre la infraestructura económica y las actitudes intelectuales. De una forma o de otra, este equilibrio determina durante más de medio siglo el terreno de la discusión en el ámbito de las ciencias humanas. Ya sea para negar el mutuo condicionamiento, ya sea para matizarlo o edulcorarlo, ya sea para afirmarlo con tajante decisión, esta discutida confluencia se instala en el centro de un debate y compone la médula de una investigación persuasiva y persuadida de que la experiencia intelectual no es una accessis desnuda ni celeste, sino un proceso múltiple y complejo conectado con prolegómenos irracionales, cuyo discernimiento entraña la pérdida de su pretendida pureza original.

Ahorrémonos el ciclo, sin duda apasionante, de la polémica posterior. El itinerario del debate ha sido dibujado en obras de reconocido prestigio. Y no se trata tanto de tomar partido ni de proseguir una disputa que no tiene, ni por sus planteamientos ni por la subsiguiente elaboración, nada de escolástica, como de aceptar la originalidad del esquema que la ha provocado. Lo importante es se-

ñalar la idoneidad del conflicto y cómo, ubicados en cierto nivel de la coherencia intelectual, ya no es adecuado prescindir de esta obligada coherencia.

1. LA CONTINUIDAD DEL DISCURSO

Esta especie de descubrimientos, como es el de la noción de ideología, son inasibles, inconmensurables, pero coercitivos. Sin duda, nada se opondría a un tipo de reflexión que tratara de prescindir de la perspectiva aludida. Pero el problema planteado no es sólo el de la pertinencia de tan hipotética especulación, que sin duda quedaría, si se tratara de mantener con rigor su premisa descalificadora, descartada, separada, desgajada de la continuidad del debate cognitivo, sino que la misma afirmación descalificadora quedaría matizada por su encadenamiento a la nueva configuración del espacio del saber. De otro modo: la mera negación de la noción de ideología es absorbida por la eficacia epistemológica de dicha noción.

Es decir, hay conceptos que nutren la coherencia de un orden especulativo dado, que se presentan imperativamente ante la actividad del conocimiento, que desempeñan una función clave en una estructura intelectual. Tales conceptos forman el tejido o la malla que sostiene toda posterior especulación. A partir de ellos, su mera presencia condiciona la herencia del debate, modifica condiciones primordiales y asegura, de tal manera, una congoja dialéctica, una desazón en la laboriosidad del proceso reflexivo, que confirma la asimilación de la experiencia originaria. En este sentido, es viable trazar el esqueleto de una continuidad especulativa, la idoneidad del hallazgo y la presencia inimpugnable de lo hallado. No es posible medir cuantitativamente la trascendencia de su mensaje, pero es imposible desentenderse de su imperiosa eficacia.

En este esquema, *hallar* es urdir en la malla fundamental de la especulación, ir tejiendo con cálculo y precisión los lugares vacíos de la red, fabricar, en la complejidad de lo conceptualmente dado, un espectáculo de reclamaciones latentes, urdir lo inédito de la palabra, construir la arqueología del lenguaje para insertar, en este orden predecible a medida que se va diciendo, la armonía de los eventos y de las situaciones. Pensar es vestir a las cosas de pensamiento y no situar en el pensamiento las cosas; cubrir el acontecer con el manto de la actividad reflexiva.

La continuidad queda de este modo elaborada sobre la eficacia conflictiva de determinados conceptos-clave. Instalados en la super-

ficie del saber, surgidos de una pormenorizada conquista, suministrados por el juego de las reacciones entre infraestructura y pensamiento, se presentan a sí mismos como conceptos-eje, no sólo porque no se puede prescindir de ellos, también porque su presencia domestica el juego resbaladizo de la lid, imponen su peso a la capacidad deliberativa y gestora de la polémica, proceden como si de ellos dependiera el porvenir de la disputa, como si el saber estuviera sujeto a sus condiciones inertes, y no poseyera otra independencia ni otra libertad que la nutrida por los gérmenes dominadores del conflicto.

En la continuidad del saber actúa cierta inercia desprendida de las criaturas artificiales y abstractas, elaboradas por el sueño de la razón. Axiomas, criterios, nociones, esgrimen su propia ley, y a tenor de sus propias disposiciones, son juzgados. No son elegibles, preferibles, deseables, opcionales. Su obligatoriedad descansa en el artificio virtuoso que los engendra, virtud intrínseca, como aquella instancia interior que los medievales adivinaban en las cosas con objeto de ofrecer una respuesta inmanente al dinamismo natural. Así el fuego abrasaba en razón de su virtud calorífica y el agua mojaba merced a su húmeda virtud.

Pero tal engranaje no es urdido por el pensamiento ni en el pensamiento, es más bien el resultado de una confluencia entre pensar y acontecer, y el ejercicio de una necesidad de interpretar y ordenar. Aquí no hay un sujeto trascendental que domine el mundo ciego de la naturaleza, ni una naturaleza que por sucesivas purificaciones consiga situarse en la espiritualidad del intelecto. Lo dado es un orden objetivo de conceptos, una red artificial y distanciada donde las cosas se explican por medio de palabras y las palabras explican las cosas. El conjunto de las mediaciones del saber, de estos entes de razón, ficticios, pero activos, cuya mayor prueba reside en su propia eficacia, en su activo dominio, forma la red de la continuidad tejida en el lenguaje y tejida por el lenguaje, el orden sacro de los signos, engendrado por encima de cualquier apariencia voluntarista y por debajo de cualquier determinismo de lo inerte, responsable ciego de su propio crecimiento, de una trayectoria que nadie ha escrito de antemano y que puede presentirse, pero no manipularse. Su objetividad y su autonomía derivan de este relacionismo del objeto consigo mismo, de la libertad desnuda de la criatura nata, inmune a los caprichos de la conveniencia racional y de su falaz diálogo con las cosas. La consecución del trayecto esbozado responde a las normas de una coherencia interior, de una lógica que reclama el asentimiento de la inteligencia y la sumisión de los objetos.

Coherencia es, por tanto, continuidad en el relevo de las no-

ciones. No es una máscara absoluta, inmutable y sustantiva, como se pensó en el discurso clásico. Por el contrario, obligada por su propia desenvolvura, se concibió a sí misma relativa, relacional y dialéctica. Con ello no reducía el horizonte de sus ambiciones, sino que precisaba el contorno de su experiencia. El tránsito —la continuidad del discurso— quedaba fortalecido por estos desprendimientos de lo superfluo y por estas delimitaciones de lo necesario. Ejercicio que garantiza la posibilidad del tránsito, sumiso a las leyes interiores de un conflicto irremediable entre el conocer y el ser, de un ascenso o un descenso hacia la consagración definitiva del objeto, es decir, de su propia dispersión en el encadenamiento que ha provocado. Toda noción inédita, una vez manifestada, está condenada a morir, es decir, a perder su libertad y estabilizarse, a consumirse en la inercia del proceso que la favorece y la asimila. Pero aun así sigue permaneciendo activa, pues actúa como semáforo indicador de una dirección prohibida e impide la vuelta hacia una regresión bloqueada. Si renacen o resurgen en el interior de un nuevo contexto sólo es para reclamar un sentido amenazado en el seno de un discurso que es renovable y por eso mismo se renueva, que es imprevisible y por eso mismo trata de dominar el cambio.

Continuidad, por tanto, es el primer criterio de la coherencia. El itinerario del discurso clásico fue fiel a esta norma, aunque no tuvo conciencia de su rigor. Pero la conciencia de la continuidad sí indica el orden de un determinado tramo del trayecto. Tener conciencia de la continuidad significa imponer una dirección determinada al lenguaje o, si se quiere, ser el lenguaje consciente de una modalidad de su esclavitud; pero significa también liberarse de muchos axiomas inmovilizadores del proceso, y no sería el menos importante de los desprendimientos aquel que consiste en prescindir de cierta altanería de la razón que confía, con ingenuo dogmatismo, alcanzar la consagración absoluta de sus supuestos y un rigor inamovible en las conclusiones. En determinados peldaños de la coherencia ninguna objetividad es absoluta o incontrovertible. Todo encuentro, todo hallazgo, toda palabra, implica una remoción, un cambio. El objeto es un tránsito-fuga, huidizo y veleidoso. A medida que se sorprende un nuevo aspecto y se trata de estabilizar la urdimbre de sus conexiones, tanto más problemático se manifiesta, tanto más discutible y abierto al debate, tanto más entrenado para proyectarse en el recorrido, tanto más poderoso para diluir los fundamentos que le motivaron.

Los conceptos construidos, aunque lo reclamen, son resistentes al cambio. Es preciso combatirlos, pero su persistencia está asegurada con solidez, puesto que los ha forjado la propia liza que busca derri-

barlos. La ley de este movimiento no es caprichosa ni vehemente, pues está sujeta al proceso que le da vida. Sólo la coherencia que les ha engendrado puede disolverlos. Sucumbirán a su propia norma y en ello reside la garantía de su estabilidad.

2. LA NOCIÓN DE PROBLEMÁTICA

Este ensayo adopta como punto de partida la recepción incondicional de una de estas nociones. La más reciente y también la más adecuada a la actual perspectiva del discurso: la noción de *problemática*. ¿Cómo, de dónde procede esta noción, por qué ha llegado a ser operativa? ¿En qué momento del discurso ha hecho valer su patrimonio? ¿Cómo, en la línea de la continuidad, ha florecido un concepto inédito? Estas preguntas tratan de vulnerar los actuales enigmas del lenguaje, pugnan por desvelar los resortes de una lengua que trata de hablarse a sí misma. Hasta ahora el habla se había preguntado por el condicionamiento externo, parecía aturdida por el descubrimiento insólito de que también lo inerte, más todavía, sobre todo lo inerte, dominaba y transitaba el pensamiento. No sólo no era desdeñable la situación del sujeto, sino que la correcta definición de sus coordenadas daba razón de su lenguaje. Y el idioma que introdujo esta perspectiva ideológica del hablante tuvo que reconstruir el orden heredado de los conceptos, clasificar las clasificaciones vigentes, hablar lo hablado, desdecirse de lo dicho y reconstruir el artificio previamente construido. ¿Cómo fue esto posible; cómo, en la continuidad garantizada del saber, se introdujo esta diversidad restauradora e impulsora de la lengua? Porque, naturalmente, la pregunta originaria: cómo las lenguas nombraban de distinta forma las cosas a partir de la situación del ponente, habría de gestar el léxico adecuado a su formulación. La ley de la continuidad imponía su imperio semántico. El discurso se poblaba de los términos nacidos de su propia deliberación. Puesto que el habla no era neutral y dependía de la actitud o de la perspectiva o del interés, era decisivo analizar la actitud, la perspectiva o el interés. Pero ¿cómo fue posible hablar este lenguaje? Esta pregunta del lenguaje cuestionándose a sí mismo dormía en espera de ser formulada, mientras el léxico de las renovaciones poblaba el lenguaje con una actividad inaudita y formulaba inquietadores interrogantes hasta hacía poco inverosímiles: ¿cuál es la perspectiva sin perspectiva, la orientación no orientada, el interés no interesado? Y naturalmente de la barahúnda de las perspectivas, las orientaciones y los intereses surgió la vistosa pluralidad de las lenguas, la moderna

Torre de la confusión en la Babel desordenada del idioma. Pero una vez que las tres carabelas han emprendido la ruta de un Nuevo Mundo, y que la conciencia de la época está en condiciones de asimilar la novedad imperiosa de su mensaje, ya es imposible volver atrás. El rumbo está trazado. Queda garantizada, aunque no exenta de incertidumbre, la continuidad del proceso. Después vendrá su exploración meticulosa, la ordenación más adecuada al marco de las representaciones, la configuración no sólo geográfica del terreno, sino también institucional. La lengua pone su pie sobre las cosas.

Volvamos a la pregunta: ¿por qué algunas nociones resultan privilegiadas sobre otras; por qué imponen su ley, desatan el proceso del idioma, engendran su vocabulario? Aquí, en el orden cognitivo no se da, como en los espacios geográficos, una presencia física del descubrimiento. El ejemplo sólo vale como metáfora y no es posible trazar un mapa con las correspondencias exactas del viaje emprendido. «¿Cuál es esta coherencia que de inmediato sabemos no determinada por un encadenamiento *a priori* y necesario, y no impuesta por contenidos inmediatamente sensibles?»¹. Esta pregunta es siempre obligada y la respuesta no es unívoca. Pero más importante es constatar que la pregunta no siempre ha sido formulada y sólo en un contexto muy reducido resulta operativa. La misma noción de problemática implica la aceptación de una relatividad insuperable; pero no por ello debemos sentirnos condenados a una ambigüedad irremediable. La pregunta es ahora formulada, su semilla prende en una determinada situación del terreno. Y el acto mágico y misterioso que fertiliza la inspiración reproduce otra vez los caminos transitados del lenguaje. En cierto modo parece que la experiencia se repite, que la lengua debe iniciar un ciclo ya recorrido y, sin embargo, está claro que todo el vocabulario es inédito y que las cosas que trata de ordenar resultan más dóciles a la agresora función de la lengua. La pregunta sitúa, reordena el orden gastado de las relaciones, engorda devorando las trayectorias recién dibujadas y se prepara para afrontar el vaticinio de aguas más profundas.

La noción de problemática no hace sino confirmar lo que, al introducir la de ideología, sólo era una promesa. Por problemática debe entenderse una estructura del saber que no sólo hace posible, sino también necesario, un nivel hasta entonces inabordable de la pregunta original. El concepto de ideología relativizaba la pretensión de una absoluta e inocente objetividad de los planteamientos intelectuales, pero a su vez fijaba con pulcra exactitud los límites correctos de la objetividad posible. Al derribar viejos ídolos instauraba un nuevo horizonte que aseguraba la relatividad —o la relacionalidad— del cono-

cimiento; decidía que, a partir de un umbral discernible, el absoluto, la respuesta total y globalizadora, quedaba comprometido en un marco de relaciones, el cual, en todo caso, reclama la autocrítica y la finitud de lo aprehendido. La relatividad, como acontece en los dominios de la física, no significa aquí relativismo, sino precisión del hallazgo, situación nítida de sus contornos y una actitud más humilde y también más coherente que la ambición clásica de edificar una metafísica inmutable y todopoderosa.

Sea cual sea el veredicto que la obra de Marx, reducida a tesis, incite en el lector desapasionado, es evidente que este enfoque del tema, esta perspectiva desde la que se busca rodear el objeto y de la cual participa el devenir de las ciencias sociales, está en deuda directa e inmediata con su método de indagación. Predomina en esta mirada que trata de nuevo de bautizar las cosas una reducción de sus pretensiones y un establecimiento más exacto de sus posibilidades. Frente a la lógica de la cosa pura, frente al conflicto del objeto en sí, Marx introduce una lógica que pone en cuestión la intangibilidad del sujeto hasta ahora productor del fenómeno y la invulnerabilidad de sus formas universales. Situar al sujeto en un contexto es tan revolucionario y copernicano como lo fue la revisión kantiana: situar el objeto en la pretendida universalidad formal de la mirada que lo crea. Otro tanto puede decirse de la obra de Freud. Situar no sólo lo leído, sino la mirada del lector, entraña una modificación importante de los problemas planteados. Y esa mirada no dispone de un vocabulario puro, de una forma pura del lenguaje, lo cual es tanto como avisar la vanidad de la propuesta de una conciencia pura trascendental. Pero lo importante de estas actitudes no consiste en sustituir una metafísica por otra, o una especulación por una forma adversaria de especulación, sino en rescindir los compromisos lingüísticos adoptados en beneficio de una concreción del idioma. Es inevitable, sin embargo, que por encima de las pretensiones y de los cálculos, del método pretendido y del análisis efectuado, se entrecruce un lenguaje sobrante y residual, es decir, el lenguaje establecido por el uso. Es, por tanto, importante señalar y definir el límite exacto de los idiomas utilizados en la exploración, aunque muchas veces se presenten gramatical e incluso intencionalmente fundidos: frente al léxico caduco y rechazado, pero que, no obstante, sigue suministrando y apoyando los términos vigentes, el léxico renovador que debe proliferar su propio terreno y acotar el espacio concreto de su expresividad.

Sería ingenuo, desde luego, pretender que Marx y Freud trataran de reducir el campo de la mirada mediante un trastorno sintáctico. Pero desde nuestro horizonte actual, impulsados por una necesidad

clasificatoria de los datos recibidos y por una ordenación coherente del acontecer, entendemos su propuesta como una redefinición del lenguaje que trata de expresar el caos de las impresiones recibidas, a base de prescindir de lo superfluo y de cohesionar lo necesario. El ámbito de la metáfora queda reducido en el espacio de una ciencia que pugna por constituirse, por definirse, por explicarse. El hecho desde luego no es nuevo, una vez que nos decidimos a utilizarlo como recurso de explicación. Esto fue lo que ocurrió en el terreno de la física clásica: la lenta y laboriosa cirugía extirpadora de un tejido sobrante tuvo que ser simultánea al avance y consagración del tejido instaurador de la ciencia física. No cabe duda, como Burtt ha descrito², que esta instauración arrastraba un léxico parasitario, una atención procedente de una mirada que nada tenía que ver con sus futuros hallazgos ni siquiera con su método de dicción. Los fundamentos metafísicos de la física clásica son discernibles, pero con el tiempo, es decir, con el afianzamiento del idioma, los fundamentos dejarán de ser metafísicos para ser metafóricos, y la ciencia, ya constituida, podrá reclamar su autonomía o, lo que es lo mismo, prescindir de sus fundamentos. ¿No podría extirparse del lenguaje de Marx y Freud sus bases metafísicas devenidas ya en soportes metafóricos? Hacer hincapié sobre las tesis mantenidas más que sobre su forma de expresarlas resulta tan intolerable, o llegará a serlo, como aferrarse a la seria declaración newtoniana de que el espacio es el sensorio de Dios o la proposición galileana de que Dios imprimió a los planetas su movimiento uniforme dejándolos caer por un plano inclinado. No, decididamente, no fueron estos sus hallazgos, aunque sin duda ese fue su lenguaje.

La noción de problemática permite, en consecuencia, atender a los lenguajes que se entrecruzan, ordenar el inventario del idioma, dar a cada texto el verbo que le pertenece: glosar y desglosar. En este caso concreto la problemática extiende en su mesa de operaciones el contexto gramatical del que procede, es decir, la problemática de la ideología; y se permite, puesto que tal es la motivación que la ha engendrado, ordenar la disparidad de sus significaciones, analizar las procedencias de los idiomas fundidos en un léxico aparentemente único. Esta cirugía ha dado ya lugar a un interesante ensanchamiento del idioma y un recorte formal de los cruces lingüísticos que determinan su propio nacimiento. El concepto de problemática debe, pues, colocarse en la continuidad de la trayectoria dibujada. Y si, en muchos aspectos, puede aparecer como una noción totalizante, no se debe a que postule o reclame una respuesta total o un dogmatismo de principio —idea contradictoria con su propia intención—, sino

a que debe usar el verbo establecido, declinar los conceptos vigentes y también, porque al comprometer totalmente la base anterior que le sustenta, representa una amenaza, en cierto modo, global. Es preciso entenderla en el esquema de la continuidad aludida como una adquisición provocada. Latía en el contexto de los discursos precedentes, en el marxiano y en el freudiano, por ejemplo, pero necesitaba ser explícitamente formulada. Ha sido necesario volver hacia atrás la mirada para atisbar la presencia del concepto. Pero sólo ha sido posible esta vuelta —esta regresión, si así se quiere— una vez que se ha avanzado mucho en la determinación de un vocabulario inédito, previo en el trasunto del ensanchamiento discursivo.

De este modo puede decirse que la noción de problemática es heredera de la de ideología. Sólo cuando el debate ha conseguido prolongar retóricamente este concepto y despiezarlo, recortarlo en la variedad latente de sus perspectivas, ha sido verosímil y útil introducir la cuestión de la problemática. Con ello no quiere decirse que la polémica en torno a la ideología haya concluido, sino que ha sido saturada y asimilada en un nuevo peldaño, más alto si se quiere, del conflicto. No todo está dicho sobre la ideología, ni siquiera —lo cual nunca es previsible— se ha llegado a un criterio unívoco acerca de su magnitud, pero han quedado diseñadas las respectivas actitudes e —ideológicamente— contrastados los diversos intereses puestos en juego. La ideología consume así un ciclo a partir del cual sólo avanza repitiéndose o desmenuzando sus perfiles. Perspectiva, dependencia, condicionamiento, relacionismo, son las claves de una nomenclatura edificada por la propia actividad de la noción predominante. Y este predominio que no es autonomía, sino dependencia de las leyes del lenguaje que lo exaltan y lo sitúan en su privilegiado marco operativo, fuerza la instalación de una calidad distintiva del discurso, la orientación de su trayectoria, el olvido de sus condicionamientos originales. ¿Dónde hallar este cobijo seguro, el refugio que acoja con magnanimidad la propia inquietud que lo alienta? Desde luego no en la prolongación de una trifulca saturada que es estéril desde que comienza a repetirse; no a base de una renovación sólo superficial del vocabulario involucrado o a base de apuntalar los clavos ya sujetos. Una vez tejidos los diversos lenguajes implicados por la actividad del concepto, está claro que no es posible alcanzar la univocidad de los criterios, pero sí quedan unívocamente establecidos los argumentos que ocasionan la disparidad, que multiplican los contrastes urdidos desde las distintas opciones en litigio.

La forma del lenguaje va tejiendo sus propios contenidos sobre

la invariable inercia del objeto. El nuevo concepto es ácido corrosivo en la red que lo envuelve. Por eso lo que verdaderamente tiene importancia es que la introducción —ya historiable y, en consecuencia, analizable— del criterio de la ideología posibilita detectar su propia saturación; es decir, en cierto modo resulta sensible a su propia eficacia. Si la ideología cuestiona la objetividad aparente del lenguaje y establece las coordenadas que permiten identificar la situación del sujeto, es natural que tal exigencia revierta sobre sí, lo es tanto como sostener que el concepto de ideología suministra los resortes adecuados para orientar al espectador acerca de su propia manipulación, avisa la posibilidad de establecer diferentes perspectivas a la hora de captar su variable contenido. Que el concepto de ideología pueda ser neutralizado en el devenir del debate no es un espectáculo visible ni aplicable a otros conflictos a no ser que se parta de la previa asimilación del concepto de ideología. El tema se satura una vez que agota su léxico, una vez que el ejercicio del mirar ha cubierto o satisfecho las distintas posiciones y especialmente a la hora de mirarse a sí mismo. En último término, el tema de la ideología debe conducir al autoanálisis, es decir, a rechazar la búsqueda de la mirada no ideológica —cosa en sí misma descartable— en favor de la determinación de una mirada ideológica adecuada. Lenin, Rosa Luxemburgo, Korsch, Lukacs, por un lado; la «sociología del conocimiento», por otro, Max Weber y sus seguidores tejerán la urdimbre de las diversas miradas, todas ellas predeterminadas para acabar situándose en relación a las demás posiciones del mirar. De esta manera, el propio criterio de la ideología promueve la clave idónea a la hora de comprobar que la polémica, es decir, las segregaciones del lenguaje involucradas por la desazón introducida en el idioma, ha alcanzado un punto de saturación en el camino de la continuidad. Sólo porque sabemos que hay diferentes perspectivas que responden a intereses prefijados conocemos que el vocabulario queda anclado en actividades previas a la deliberación, enmudecido por la propia fecundidad de un discurso que comienza a ser retórica, que desvanece las definiciones establecidas a fuerza de repetir las. La continuidad ha ganado así una conciencia inesperada de su proceso, el círculo se completa cuando el protagonista que guía la acción queda víctima de su propio veredicto, de la sentencia sentida al comienzo del drama.

3. EL DISCURSO DE LA DISCONTINUIDAD

Si todo lenguaje está amenazado de hablarse a sí mismo, de poner a prueba sus incógnitos preceptos, el diálogo no se convierte en soliloquio hasta que la voz no ha perdido su fuerza significativa, su capacidad innovadora para nombrar, bautizar y definir. Mientras no se produzca este equilibrio la lengua cuenta con un ancho panorama para expresarse. Expuesta la convicción de la relatividad, es posible advertir la relatividad de esta convicción. Tal conciencia, adquirida e integrada, devuelve un nivel de objetividad que puede ser aplicado a sí misma, capaz de establecer las condiciones que pronuncian su propia relatividad. Ahora bien: ¿qué hacer una vez que se ha verificado la anunciada saturación de la virtud interior del concepto? Nada más inoperante que el descanso forzoso. La misma ley de la continuidad insinúa que es imprescindible operar un elemento discontinuo, susceptible de promover un salto, de establecer un nuevo nivel de continuidad. De este modo la discontinuidad del lenguaje se descubre como un elemento esencial de toda continuidad. Si algún sentido hay que dar al carácter dialéctico de todo proceso de la conciencia es precisamente éste: que no hay continuidad sin discontinuidad, ni alteración estructural que no aspire a continuarse.

Los sobresaltos de la lengua emplazan su horizonte idiomático, si prosperan es porque la lengua establecida ha perdido o a desatendido las defensas que la protegían. Toda palabra nueva es un caballo de Troya en el interior del léxico. La urdidumbre creciente de la lengua la asalta, la devora, la asimila, hasta que a fuerza de devorar pierda la capacidad de deglución. En este momento comienza a ser activa la discontinuidad inserta en lo continuo, la potencia negadora implícita en toda afirmación de la lengua. La dialéctica del cambio no es una mutación gobernable por la voluntad deliberada del sujeto: los labios están dominados por las palabras que pronuncian, y las palabras están dominadas por la malla que les da sentido, hasta que la red, demasiado llena, no pueda arrastrar el enorme peso de sus significaciones. Aquí, en este punto, la discontinuidad enhebra en el determinismo de la continuidad, la afirmación se despliega en la negación, las tesis del lenguaje desanudan sus antítesis y la lengua se prepara para su holocausto, para su inmolación. El juego dialéctico ha prescindido de sus dimensiones metafísicas, ha renunciado al ambicioso empeño de racionalizar lo real, de identificar, fundiéndolos en un abrazo inverosímil, las pa-

labras con las cosas; se repliega al ejercicio más sutil y también más eficaz de declinar sus representaciones y ordenar el espacio del saber. Una vez adquirida esta confianza a base de extirpar los seres desnudos, la dialéctica puede proseguir su tarea de clasificaciones; una vez persuadida de que el debate está en condiciones de proseguirse a sí mismo, de prosperar reduciendo su estatuto epistemológico a un campo en el que la palabra pueda abarcar su influencia y extender el dominio del sentido, la negación renueva el edificio de sus positividades, deviene afirmación. La discontinuidad ha nacido del desgaste de la continuidad. La discontinuidad engendra el proceso de la continuidad, adquiere conciencia de sus facultades y de sus descubrimientos, teje la malla de una epistemología renovadora, elabora su norma y se prolonga en las rutas de una geografía recién descubierta. Esta expansión advierte la propia discontinuidad del proceso incoado: el salto, la aventura de un horizonte inédito, la seguridad de establecer un contorno, una frontera, un punto y aparte. De nuevo será preciso recorrer las sugerencias iniciadas y contenidas. El ciclo se abre, desde el inicio de su genealogía, a una saturación imprevisible; no está condenado a muerte, sino a seguir su rumbo inevitable presidido por una ley de entropía interior. Que el trayecto sea necesario no quiere decir que esté predeterminado su sentido, ni que éste sea predecible. La predicción es su propia dicción. Predice a medida que habla, a medida que predica. Pero sí quiere decir que es imperativa la dicción o, de otro modo, que una vez dado el salto, cuando un equilibrio establecido anuncia la posibilidad de alcanzar otro grado de equilibrio, el proceso delibera su continuidad, se infla de un contenido que va determinándose gradualmente, a medida que habla. Sus gestos y sus ademanes son unísonos con sus voces y sus contenidos. Ninguna palabra es vaticinable sino cuando ella misma se pronuncia. No hay un presentido anterior al sentido; el sentido crea la ley de su dirección. Dictado, hablado, ya definitivamente dicho, se estabiliza insertándose en la cadena de sus motivaciones, pero repercute en los signos proferidos, conmueve el edificio, proyecta su propio mensaje. En ello consiste la dicción. Nada hay predeterminado, sino la necesidad de que el discurso predique su propia ley, la norma que lo constituye; la necesidad de que el habla se hable, la dicción se diga y el léxico discorra. Desde una predicción imprecisa, la palabra crece a partir del sobresalto que la ha instaurado, se realiza y gestiona, sobre la obligatoriedad de la pregunta inicial, el contenido de una respuesta abierta a todas las direcciones, pero sumisa a su propia condición.

Esta presencia dialéctica de la discontinuidad en la continuidad

sólo es discernible a partir de la noción de problemática, del mismo modo que la dispersión de las actitudes intelectuales en direcciones condicionadas por instancias infraestructurales sólo es conocida, analizable, a partir de la noción de ideología. El paso de un tema a otro señala la ruptura de la continuidad que diferencia ambos temas, pero también el encadenamiento que los supedita uno a otro, merced al cual la discontinuidad que los distingue es derivada de la continuidad que los promueve. Con ello se quiere indicar que el salto no es azaroso, sino consecuente, del mismo modo que en la cadena de silogismos una conclusión sirve de premisa forzada para la conclusión subsiguiente. El nexo no es, por tanto, trivial, pero tampoco absoluto. ¿En virtud de qué es posible diferenciar el ámbito de acción de un tema respecto del que lo origina? El diálogo con este interrogante ha introducido en el terreno de la dialéctica el concepto de estructura. No se trata solamente de concebir la actividad reflexiva como un mecanismo productor de conceptos³, sino de conceptos ligados a la predicción de un tema que los engendra y los organiza a su alrededor, que dispone de un orden imperativo en el interior de su génesis. Al conjunto ya resuelto y saturado, ya dicho y hablado, es decir, resuelta la predicción anunciada desde la ruptura del tema, se le denomina problemática. Así, el conocimiento dialéctico no sólo avanza ganando sucesivos niveles para la discusión, despojando de las palabras sus cáscaras inertes, sino que cada nivel es la dicción completa de una predicción indeterminada en su origen y que se va determinando a lo largo de su realización discursiva. De otro modo puede asegurarse que el conocimiento salta de una problemática a otra, urdiendo en la continuidad de la problemática la discontinuidad de su salto; asimila los temas y sus códigos para trenzar sobre ellos un código de renovaciones. La problemática se extiende sobre la horizontalidad del lenguaje, constituye la síntesis de sus negaciones y de sus afirmaciones, domina las tensiones laterales del idioma y traduce en un significante continuo las equivocidades del discurso.

Toda problemática es una estructura resuelta. No se trata de una resolución en el orden de la respuesta, sino de una resolución de la capacidad predictiva inserta en la pregunta original que se manifiesta en el agotamiento de sus perspectivas, de sus alternativas y de sus significaciones. El conjunto de relaciones que componen este orden pueden reconocerse como estructura de la problemática. Así toda estructura discursiva compone el marco de aplicación de una problemática definida o definible. Y toda problemática es definible porque está estructuralmente organizada. De una problemática a otra

puede y debe advertirse una modificación estructural, un cambio en la organización interna que preside la fabricación de los conceptos. Ahora bien: la conciencia de la estructura en la continuidad coherente del discurso sólo ha sido posible cuando se ha determinado la estructura como cuestión predominante. El discurso, replegándose hacia su embrión original, se introvierte, descubre que el léxico que educa no es sino el eco prolongado de una palabra única que trata de descubrir el ámbito de su autonomía. Bergson habló de una intuición mediatrix, germen regulador del sistema especulativo. Pero aparte de que los labios son impotentes ante sus palabras, la palabra genera su potencia en los labios que la predicen a fin de controlar sus impulsos y sus motivaciones. La estructura no es más que el desenvolvimiento del lenguaje pugnando por descifrar su sentido oculto. Y la problemática consume su ciclo cuando, por fin, consigue identificar las palabras con sus contenidos, las preguntas con sus respuestas, los enigmas con su solución. Podemos, por tanto, verificar que la noción de estructura no ha llegado todavía a saturarse, es decir, a topar con su propio límite, a consumir la curva en la cual los significantes habrán de coincidir con los significados. Mientras esta operación no se consuma, el lenguaje deberá crecer, fabricar sus conceptos, reproducir las claves que lo mueven, hasta llegar a convertirse en víctima de la dura ley que lo ha gestado.

Es preciso desviar la fuente de la intuición, descentrarla del sujeto para encontrarla en la lengua. Esta operación neutralizadora inspira la lingüística de Saussure: buscar el lugar adecuado de la lengua, el lugar en el que los signos pierdan los sometimientos que los provocan y puedan desnudarse de todo lo que no les pertenezca. Igualmente es preciso desviar la fuente de la dialéctica, prescindir del sujeto objetivo, que no por ser objetivo deja de ser sujeto. Lo que interesa no es el espectáculo ni el espectador, sino la mirada que ve y une, el nexo de las palabras que puede seguir su desenvoltura y colmarla de significados. La lengua, deslindada del conjunto heterogéneo de los hechos, nombra los hechos, los crea a su medida. «Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto»⁴. El fenómeno es urdido e interpretado por los órganos sin matices ni procedencias del alfabeto. El punto de vista de la lengua no sugiere una perspectiva, una orientación definible y coordinable, sino el sistema que ordena las perspectivas, que coloca los puntos de vista y que dirige el ángulo de las miradas. La problemática del lenguaje insinúa ese estrecho parentesco que, según Foucault, encierra al marxismo y al positivismo en una aventura hablada de voces que han enfrentado

el sentido y el orden de los términos. No hay escape posible para esta neutralidad de la voz: lo que habla es hablado; la pregunta es interrogada; las respuestas son respondidas por la lengua. Todas las ideologías son, por tanto, ordenables en la problemática que las predica. Los sistemas posicionales se crean en el interior de la estructura que los piensa. No hay oposición si no hay semejanza previa, si no hay coincidencia en el significado de los signos, si no es posible entretener en el lenguaje los antagonismos y las diferencias. Tampoco hay creación —es decir, intuición generatriz— si no es posible encontrar el lugar donde germine, articular en la continuidad de la lengua los saltos imprevisibles del habla.

Los estructuralistas han detectado esta neutralidad significativa del signo. «Para dar su objeto propio —dice Pierre Bourdieu— a la sociología de la creación intelectual y para establecer, al mismo tiempo, sus límites, es preciso percibir y plantear que la relación que un creador sostiene con su obra, y por ello la obra misma, se encuentran afectadas por el sistema de relaciones sociales, en las cuales se realiza la creación como acto de comunicación, o, con más precisión, por la posición del creador en la *estructura del campo intelectual* (la cual, a su vez, es función, al menos en parte, de la obra pasada y de la acogida que ha tenido). Irreductible a un simple agregado de agentes aislados, a un conjunto de adiciones de elementos simplemente yuxtapuestos, el *campo intelectual*, a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza; esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo. Por otra parte, cada uno de ellos está determinado por su pertenencia a este campo; en efecto, debe a la posición particular que ocupa en él *propiedades de posición* irreductibles a las propiedades intrínsecas y, en particular, un tipo determinado de participación en el *campo cultural*, como sistema de las relaciones entre los temas y los problemas, y, por ello, un tipo determinado de *inconsciente cultural*, al mismo tiempo que está intrínsecamente dotado de lo que se llamará un *peso funcional*, porque su 'masa' propia, es decir, su poder (o mejor dicho, su autoridad) en el campo, no puede definirse independientemente de su posición en él»⁵. Los signos están comprometidos por los significados que recogen y que ofrecen. El inconsciente cultural impone la selección de los deseos y expone la oferta de un lenguaje del que no se puede claudicar. En el terreno no abonado por los significantes, los significados se entrecruzan tratando de perfilar sus fronteras y sus límites en un mo-

vimiento de interdependencia, componiendo lo que se podría calificar, utilizando la metáfora física, la estructura del campo intelectual, es decir, la red arqueológica de los signos, el inconsciente cultural. Pero no sería un inconsciente que habla, un inconsciente emisor, sino un inconsciente que es hablado, un inconsciente inducido. En la palabra, en su virtualidad significativa, se recortan los ámbitos de todas las correspondencias que tratan de establecerse; el sujeto se diluye, se disuelve su capacidad generadora de intuiciones, y con el sujeto, aunque sea retrotraído a la razón histórica o al absoluto dialéctico, se descompone la temporalidad natural de los acontecimientos ordenados por la razón pensante. Detrás de las palabras sólo queda el silencio de lo innombrable; más acá de la palabra, el sentido artificial de la cultura, sus credos, sus ideologías, sus sentimientos, sus metáforas, sus compromisos y sus falsos equilibrios. «Los préstamos y las limitaciones inconscientes son sin duda la manifestación más evidente del inconsciente cultural de una época, de este sentido común que hace posibles los sentidos específicos en los cuales se expresa»⁶.

4. ESTRUCTURA Y PROBLEMÁTICA

Llamamos problemática, en definitiva, a ese criterio organizador de la palabra cuando se expresa en un campo determinado, cuando participa de un inconsciente cultural dado, cuando habla los sentidos que se le proponen, cuando refiere un credo a otro credo y contrapone una ideología a otra ideología. La estructura es el aliento que cruza los vocablos y los refiere unos a otros. Estructura y problemática son, por tanto, correlativos. Conjugan la continuidad impalpable del idioma y tratan de traducirla, desvelando sus leyes y sus normas, sin pretender disponer de la fuerza temporal que las atraviesa. La problemática y la estructura definen la discontinuidad del continuo, resquebrajan el tiempo de la historia, lo reparten y lo archivan. Estructura, problemática y discontinuidad componen un código de clasificaciones apropiado a su nivel discursivo, al campo de fuerzas semántico que someten al inconsciente cultural. Para establecer ese recorte del tiempo que la problemática indica, diríamos que estructura, problemática y discontinuidad son términos correlativos de ideología, relacionismo y perspectiva, conceptos comprensivos de un nivel epistemológico necesariamente previo en el que el lenguaje todavía no ha tomado conciencia de su acto creador, en el que los conceptos pugnan por acercarse al motivo de su génesis,

pero no les preocupa aún el artificio previo a su generación. La indagación puede completar su ciclo, haciendo más cerrada y envolvente la norma que impulsa su campo intelectual, para precisar que estructura, problemática y discontinuidad componen la red semántica de un nivel del discurso cuya problemática consiste en averiguar la discontinuidad de su estructura, respecto de las estructuras antecedentes. La problemática ha puesto en funcionamiento su vocabulario al cobrar conciencia de que el vocabulario es dependiente del sistema que lo crea. La estructura engendra los conceptos que necesita. No es bastante, por tanto, contra Trías, que el estructuralismo deba definirse «como concepción inédita del conocimiento, entendido como producción de conceptos»⁷, pues lo que les define es la condición problemática de su capacidad productora. El conocimiento, por fin, sabe que produce conceptos, y sabe que es involuado en los conceptos que produce. Desde Marx comprende que el concepto es un mediador artificial adecuado a lo real; desde Saussure comienza no sólo a conocer la naturaleza del concepto, sino también a presentir la palabra, su itinerario secreto y creador, el método productivo al margen del sujeto y del objeto, por el cual objeto y sujeto devienen, se constituyen, de efigies innominadas, en nombres sustantivos.

Cuando un lenguaje ha convertido su léxico en excrecencia, se ha autocondenado, ha saturado su mirada, ha corrompido su atención, y el orden que dispone de las cosas puede decirse que desde ese instante resulta insuficiente si no desordenado. Algo así aconteció con la metafísica clásica. El discurso productor de conceptos deviene improductivo. Las cosas se rebelan y disipan el armazón de las palabras. Es preciso, en esa circunstancia, disponer sobre el lenguaje establecido del germen de un nuevo lenguaje. La producción renueva las combinaciones de los signos, introduce sílabas inéditas y engendra la reconstrucción del léxico. Un nuevo estadio del saber prende sobre los términos caducos expresado en la revocación de una problemática por otra. La mirada ordenadora debe crear su discurso y su clave, debe estructurar su impremeditada estructura. He aquí cómo la problemática se convierte en la noción conflictiva de una problemática determinada, del mismo modo a como la ideología se erigió en noción-eje de la problemática de la ideología. Ha habido una epistemología de la continuidad que ha refugiado, suscrito y potenciado un vocabulario idóneo para el tratamiento de sus previsiones: la ideología es el artificio resultado y centralizador de esta temática. Se vislumbra ahora una epistemología de la discontinuidad, que debe dar razón más de los saltos que de los procesos, más de las

formas del lugar que de sus efectos: la problemática es la criatura que el idioma engendra para componer las diversas instancias estructurales de este nivel del saber.

La sociología creando sus propias fronteras, apresada en las redes de un lenguaje que fabrica su vocabulario reproductivo, que ordena el pasado del discurso en función de la problemática presente, no puede escapar a ese condicionante que impone como objetivo necesario su obligatorio reconocimiento. La noción de problemática surge de estos recovecos narcisistas de la ciencia determinada a contemplarse en los espejos que fabrica. Pero antes de llegar a la admiración del propio rostro su actividad se despliega en el desarrollo creativo de su aparato intelectual, de su forma específica de conocimiento. Con claridad ha sabido ver Althusser la importancia del tema y el interés decisivo de este concepto. Cuando comenta el replanteamiento marxiano de la pregunta de Adam Smith y Ricardo acerca del precio de trabajo, Althusser señala que en realidad Marx, al hacer una relectura de la economía clásica, una relectura que le permite encontrar lugares vacíos en frases aparentemente llenas de contenido, lo que hace es sustituir una pregunta por otra, instalar la pregunta en una problemática diferente una vez que ha descubierto los lugares vacíos de la retórica ya saturada del liberalismo. «En este acondicionamiento inestable de apariencia local está en cuestión, pues, una posible revolución de la antigua teoría y, por tanto, de la antigua *problemática en su totalidad*. De ese modo nos encontramos en presencia de un hecho propio a la existencia misma de la ciencia: que *ésta no puede plantear problemas sino en el terreno y en el horizonte de una estructura teórica definida, su problemática*, la que constituye la condición de posibilidad definida absoluta y, por tanto, la determinación absoluta de las *formas de planteamiento de todo problema* en un momento dado de la ciencia»⁸. Pocos textos, como no sean algunos de Foucault, pueden revelar una conciencia tan precisa del tema y afrontar con más pulcritud este enredo de la ciencia en las mallas del lenguaje, en el campo intelectual enhebrado por el proceso de lectura y relectura de los textos, sus sugerencias y sus determinaciones. Hay en la obra de Marx un descubrimiento fundante, que consiste en encontrar un nuevo lugar, un lugar vacío, un orificio, en el perfecto equilibrio del idioma. Revocar la vieja problemática significa sacar a la superficie una falla oculta, que una vez manifestada obliga al libre examen, a una revocación desinteresada de los métodos de lectura. Así, pues, el planteamiento marxiano de la pregunta formulada por la economía clásica impone un salto discontinuo a una mirada atenta al modo

de leer y no tanto a la imagen leída. Advertida la falla del discurso, Marx reconstruye el edificio clásico introduciendo los conceptos idóneos para tapan el agujero. Su relectura implica ya un nuevo lenguaje, exalta aspectos distintivos del habla, postula un vocabulario que debe ser producido, fabricado, extendido sobre la piel reseca original, a fin de colmar los lugares vacíos, de poblar su estructura teórica, adecuándola a las exigencias de su replanteamiento problemático. La inversión marxiana resulta entonces lúcida y fructífera. El lenguaje clásico se repliega, y en el mismo momento en que se anuncian sus exequias es saludado el nacimiento de un nuevo lenguaje. Esto no evita que las palabras queden todavía prendidas en sus viejos caparazones. La extirpación debe ser delicada, y hasta que no cobre plena conciencia de sí utilizará el código arcano en que se apoya y del que depende, tanto porque nace de él como porque sólo puede construir sus artilugios y modelos a partir de él. En el salto operativo de una discontinuidad que establece un nivel distinto de problemática, el discurso continúa su búsqueda autodefinitoria, la indagación de su peculiar naturaleza, el proceso cuyo resultado final debería ser el encuentro consigo mismo. Y este hallazgo debe verificarse mediante el sacrificio de muchos de sus momentos iniciales. La relectura obliga a una depuración de los móviles confusos: los lugares vacíos aumentan a medida que la problemática urdida crece y hace bascular las bases insuficientes que la apoyan. Es necesario, lingüísticamente necesario, extirpar, operar, prescindir de, cortar. «Si —como decía Bachelard— toda objetividad debidamente verificada desmiente el primer contacto con el objeto», toda problemática debidamente asentida desmiente los soportes de su planteamiento inicial. Es imprescindible aislar la problemática creadora de los múltiples pliegues que la envuelven y la ocultan. Es preciso, por supuesto, ir muy allá en la elaboración de los conceptos precisos para alcanzar este grado de rechazo, que consiste en derrumbar las murallas que componían las perspectivas de un horizonte dado. Pero todo horizonte es igualmente artificial y construido. Todo horizonte impone el punto de vista absoluto que tiende a edificar «una estructura teórica definida, su problemática».

No obstante, los horizontes no se derrumban a capricho. No basta tocar la trompeta para que caigan los muros que los fortalecen. ¿En qué condiciones la pregunta releída hace que una «*posible* revolución de la antigua teoría» se convierta en una revolución estable? Esta cuestión centraliza el tema de la problemática, lo compromete y lo amplía a proporciones que tendremos ocasión de recorrer: ¿en qué momento dado o en qué situación de la relectura

la posibilidad gestiona su necesidad? Pensemos, por ejemplo, a fin de distanciar la perspectiva, en el heliocentrismo y Copérnico. La pregunta se había formulado muchas veces, fiel al principio bachelardiano de que «la objetividad debe criticarlo todo». Los criterios establecidos procuran sujetar sus mecanismos con vistas a esta cuestionabilidad práctica de toda objetividad que tiende a confirmar y a perpetuar su estatuto. La fuerza interior que sostiene la palabra es a la vez centrífuga y centrípeta. Su capacidad cohesiva depende de los embates que pueda resistir, pero que sólo ella puede estimular. La cuestión del heliocentrismo fue planteada en muchas ocasiones, cumpliendo la normativa bachelardiana, pero aun formulada la pregunta no había enhebrado en la coherencia de la discontinuidad: la revolución de la antigua problemática en su totalidad quedaba marginada en la zona de lo posible. El primer requisito del salto debe cumplir con la motivación dialéctica de establecer la discontinuidad en la coherencia de la continuidad. La revolución, el giro copernicano, puede darse cuando la discontinuidad de su salto no quiebra su continuidad, la permanencia de un sentido que abra un lugar para la dimensión inédita de la pregunta, que la reciba en su interior para que su semilla prenda en el seno de un lenguaje sentenciado. Ahora bien: ¿dónde encontrar las condiciones idóneas para esta recepción?

Este interrogante también es nuevo y pertenece a la estructura gramatical de la problemática. De muchas maneras y con distintas fórmulas, Foucault, en un libro inquietante y combativo, elude la cuestión que inconscientemente plantea. «Es necesario reconstituir el sistema general del pensamiento, cuya red, en su positividad, hace posible un juego de opiniones simultáneas y aparentemente contradictorias. Es esta red —nos responde— la que define las condiciones de posibilidad de un debate o de un problema»⁹. Pero una vez averiguado en qué ambiente puede convertirse el lenguaje en objeto de saber y entre cuáles límites se despliega este dominio epistemológico¹⁰, una vez averiguados los fundamentos de posibilidad de una episteme o, en otros términos, de una problemática¹¹, vuelve a plantearse la pregunta narcisista: ¿en qué condiciones esta problemática urge su revolución? ¿En qué condiciones epistemológicas la episteme dada reclama su revocación? O de otra forma, aunque con el mismo sentido: ¿en qué condiciones una pregunta multitudinariamente planteada, caprichosa y fantástica, absurda o inerte, resulta operativa, revolucionaria, dinámica, activa, dentro de un contexto determinado?

Estamos provistos ya de un vocabulario suficientemente amplio

para recibir sin incomodidades las preguntas expuestas. El hecho de que puedan ser planteadas es índice y prueba de su operatividad; es señal de que el régimen de los signos dispone del léxico adecuado para deslindar entre el misterio de la pregunta y su fantasma. Preguntas fantasmales siempre son posibles, pero inoperantes. Preguntar es releer, y releer de acuerdo a determinadas leyes sintácticas. Leer no es una operación libre. Las preguntas no dependen de una deliberación de la voluntad reflexiva. La fábrica de los conceptos no es un artificio aéreo y veleidoso. El mecanismo que desenvuelve el inmenso aparato de la cultura es exigente y dominante. Su voluntad es una ley cuyos resortes es preciso descubrir y cuya aventura consiste precisamente en descubrirlos. La piel del lenguaje se reseca a medida que rejuvenece. La fuerza de la pregunta condiciona y hace gravitar el peso de las respuestas. Y las respuestas no son sino otras tantas preguntas que vuelven a poner en entredicho sus sentidos para exponer sus contrasentidos, sus significaciones, para resaltar los lugares vacíos de significación. Sistema, estructura, problemática, episteme, campo intelectual, inconsciente cultural, son ejemplos de una terminología que trata de urdir, sobre las abisales penumbras de la lengua, una plataforma de apoyo, de sostén, para todas las creaciones que el inmenso aparato de la cultura y de la historia trata de cimentar y restaurar. El equilibrio es delicado y dinámico, está hecho a base de inmolaciones y restauraciones, de holocaustos y presentimientos; está amenazado del naufragio total cuando la eficacia demolidora de la pregunta pone en entredicho todo el sistema recompuesto de los signos, ataca la totalidad de la urdimbre epistemológica que la impulsa y la promueve. Foucault considera en *El hombre y sus dobles* que el momento actual puede llegar a un giro de este tipo, de un dinamismo más innovador y restaurador, análogo, en cierto modo, por su universalidad revocadora, al giro copernicano. Si este juicio es cierto, es decir, si las previsiones del análisis se adaptan a las fuerzas que guían las palabras, si la muerte del hombre es un vaticinio fatal, el discurso de la problemática debe prepararse para calcular sobre el lugar de la disolución el momento de la innovación, y la pregunta ya reiterada cobra más vigor y se manifiesta más imperiosa. Esta nomenclatura que fija el horizonte intelectual en una problemática concreta, no rígida, sino abierta a posteriores determinaciones; no inmutable, sino necesariamente mutable merced a su propia virtualidad constructora, diseña el ámbito de recepción y de eficacia operativa de un discurso cuya misión principal consiste en corromperse para persistir, en disolverse para perpetuarse. Sin embargo, cuando las preguntas tratan de com-

prometer todo el artificio del sistema y de desmentir un ámbito global y casi absoluto de aplicación, como fue el caso del giro copernicano, el movimiento dialéctico de la continuidad y de la discontinuidad que explica las transformaciones sucesivas de la problemática, sus vueltas y cambios, los cortes en los perfiles de las palabras, las proyecciones de los enunciados, resulta impotente para sostener una ruptura radical en el seno de la episteme. Los cambios de problemática pueden ser atendidos por la razón dialéctica, por el equilibrio producido en las alteraciones de la continuidad y la discontinuidad, por la saturación del ciclo abierto en la genealogía del concepto. «Para nosotros la razón dialéctica es siempre constituyente: es la pasarela sin cesar prolongada y mejorada que la razón analítica lanza por encima de un abismo del que no percibe la orilla, aunque sabe que existe, y deba constantemente alejarse. El término de razón dialéctica comprende así los esfuerzos perpetuos que la razón analítica tiene que hacer para reformarse, si es que pretende dar cuenta y razón del lenguaje, de la sociedad, del pensamiento, y la distinción de las dos razones no está fundada, a nuestro juicio, más que en el alejamiento transitorio que separa a la razón analítica de la inteligencia de la vida»¹². Combada la razón dialéctica por el esfuerzo que hace para superarse, cumple con eficacia su misión totalizadora, a medida que puede explicar la restauración del equilibrio, o que pueda contestar los interrogantes que plantea. En este punto es preciso distinguir las alteraciones de la problemática de las revoluciones de la episteme. Entre episteme y problemática no sólo hay una diferencia de grado, sino también de aplicación. La revolución que Althusser propone sólo comprende la teoría, pero se desentiende de sus principios epistemológicos, afecta al método, pero no a sus soportes, cuestiona y descubre los lugares vacíos del discurso, pero toma pie en él, no lo rechaza aunque lo desvaloriza, no prescinde de su trayectoria, sino que se apoya en ella. En este marco, la dialéctica de la continuidad y de la discontinuidad, el equilibrio constituyente de los términos tratando de definir las superficies para su aplicación, es bastante para ubicar las preguntas y las relecturas, para colmar las lagunas detectadas en la lengua. Pero una revolución de la episteme no supone sólo un encadenamiento de disociaciones ni una renovación de la problemática, sino que entraña una revolución estructural sin concesiones, un cambio radical de la mirada, la reprobación de un determinado tipo de razón fundante para introducir una especie nueva de razón, un sistema general del pensamiento. En el espacio ordenado y reconstruido por la episteme pueden existir y renovarse distintas problemáticas. Y una empresa

de esta índole es la que detecta Foucault en su tesis acerca de «la muerte del hombre». Lo que ocurre es una vacilación general y sostenida de los viejos criterios epistemológicos, por lo menos en lo que atañe a las ciencias humanas. Lucien Sebag venía a decir lo mismo cuando afirmaba que lo que Marx buscaba o presentía era «un nuevo tipo de inteligibilidad». En el momento en que puede haber motivos para considerar esta posibilidad, la pregunta original se revigora y se plantea con más ímpetu: ¿en qué condiciones puede germinar un cambio semejante; dónde alojar este plus procedente del cambio, del giro, de una revocación absoluta y radical del sistema del saber?

La ruptura epistemológica de que hablaba Bachelard, la figura por la que puede introducirse el giro radical y el encadenamiento de las disociaciones, parece brotar de la predicción de la muerte del hombre. La tesis clásica sostenía que «la naturaleza misma de las ciencias sociales implica que su desarrollo repercute sobre el objeto de investigación»¹³. Esta pregonada «interdependencia del observador y del fenómeno observado» imponía, aun en el ámbito problemático de la ideología, un soporte metafísico del sujeto, una totalización irreductible a la ciencia y a los métodos distanciadores del objeto. La negación de esta interdependencia entraña la disolución de los soportes personalizados del discurso y la superación de las escisiones antaño establecidas que desgarraban sujeto y objeto o que contraponían el origen subjetivo de la visión al objeto de la mirada. La máxima proclamada por Lévi-Strauss, según la cual «el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo»¹⁴, profetiza, desde este punto de vista, una reparación del lenguaje, una modificación de sus soportes y una alteración radical en sus métodos de dicción: acabar con el observador, con su influencia, con la injerencia injustificada de sus pretensiones, de sus intereses y de sus necesidades, es decir, establecer una apoyatura adecuada a la problemática en la que sea posible recabar en los entresijos netos del habla histórica; reducir, porque todo giro entraña una extirpación, el ámbito de la experiencia científica y con ello el nivel arqueológico del saber.

5. LOS DISTINTOS NIVELES DE EQUILIBRIO

Es legítimo hablar de un *a priori* histórico o cultural del sentido del discurso: el panorama epistemológico en que toda pregunta se desenvuelve y deviene operativa. Tomar conciencia de esta posibilidad equivale a comprender la posibilidad del distanciamiento metó-

dico de los fenómenos sociales. El tema de la problemática procede de la conciencia de esta ruptura. Toda episteme es un subsuelo arqueológico del pensamiento, toda problemática es un ámbito de recepción de preguntas y de producción de conceptos en el espacio de una episteme. Pero el tema de la problemática y de la episteme incide sobre los supuestos del habla, son criaturas engendradas por la convicción epistemológica de la muerte del hombre o, con terminología menos enfática, de la reducción del observador. Proceden, por tanto, del cambio que manifiestan, introducen y delimitan el terreno de aplicación de un *a priori* lingüístico del que no son sino su expresión primeriza: la disolución del sujeto trascendental, iniciada en los dominios, primero, de la lingüística; después, de las ciencias sociales, y por último, de las técnicas de indagación literaria. El lenguaje que explica estos cambios es tímido y balbuceante y se expresa atendiendo a los recursos vigentes de las palabras que recubren incluso sus propias intenciones. Prescindir del observador es una tarea concretizadora de vastas proporciones en los linderos del idioma —cuyos inicios, como es presumible en todas las grandes vacilaciones, parecen oscuros e imprecisos— que arrastra consigo la imprecisión de las grandes preguntas que la asaltan. «Estas preguntas son muy pertinentes y quisiéramos poder responder a ellas. En el estado actual de nuestros conocimientos, estimamos que no nos hallamos en condiciones de hacerlo, salvo en casos muy precisos y limitados, y aun así, nuestras interpretaciones son fragmentarias y aisladas»¹⁵.

El tema del *a priori* puede promover su disolución. Cuando la mirada alcanza sus últimos fundamentos puede iniciar el proceso de su revisión, es consciente de su conciencia, de su artificio y de su fugacidad. «Este *a priori* es lo que, en una época dada, recorta un campo posible del saber dentro de la experiencia, define el modo de ser de los objetos que aparecen en él, otorga poder teórico a la mirada cotidiana y define las condiciones en las que puede sustentarse un discurso, reconocido verdadero, sobre las cosas»¹⁶. Sería caprichoso y fugaz este espacio de recepción del saber si no estuviera presidido por el sentido de una transitividad histórica, si la coherencia de su continuidad no respondiera a condiciones intrínsecas del discurso, a las leyes de una correspondencia formal entre el misterio de la pregunta y su ubicación. Dispuesta una mirada retrospectiva y dialécticamente clasificatoria, nada de lo que se constituye en la episteme se constituye a ciegas. En la medida en que es posible trazar la continuidad coherente del discurso es necesario admitir un sentido en su proceso, una dirección en sus saltos discontinuos, una

conciencia que reacciona ante la veleidosa presencia de preguntas fantasmales, de preguntas ciegas, irreconocibles y amorfas. «En una cultura y en un momento dado, sólo hay siempre una *episteme*, que define las condiciones de posibilidad de todo saber»¹⁷, una red arqueológica del sentido, «una red de necesidad que permanece idéntica»¹⁸. La noción de problemática queda, por tanto, prendida en el *a priori* más absoluto y dominante de la *episteme*. Las preguntas que el tema de la problemática incoa y que pueden ser resueltas en el quiebro dialéctico de la continuidad y de la discontinuidad, recrudescen sus aristas al comprometer la red de necesidad tejida en la *episteme*. Pero ¿cómo —si la continuidad está prescrita por una ley ordenadora de la sintaxis del discurso— es posible saltar de una condición histórica de positividad a otra, abandonar las coordenadas que delimitan el dominio de la representación de una red arqueológica precisa y definida, vulnerar los cerrojos de una necesidad que permanece igual a sí misma?

La misma formulación de la pregunta convulsiona el edificio. El tema de la problemática genera así preguntas nuevas que se desarrollan en círculos concéntricos cada vez más amplios impulsadas por la necesidad o la consciente posibilidad de afrontar una modificación epistemológica radical en una zona del saber. El tema de la ideología podía prometer *a posteriori*, pero no prever *a priori* estas imprevisibles fluctuaciones. La problemática, naturalmente, problematiza su propio concepto. El discurso crece en su espiral tautológica, hasta que el hilo de su desenvolvimiento converja sobre su origen y repita con la ilusión de un léxico renovado un código desgastado. El principio autocrítico se pone en marcha tratando de distinguir y demarcar el campo de operaciones del concepto predominante o la fisura abierta en el subsuelo del lenguaje. Es así como, sobre la red de una problemática ya saturada en el seno de la *episteme*, crece la red de una problemática inédita todavía por desgastar. Tiene, en consecuencia, razón Foucault, y su matiz debe instalarse en el campo de operatividad de la nueva problemática, cuando observa que «si la pertenencia a un grupo social puede explicar siempre que Fulano o Zutano haya elegido este sistema de pensamiento y no otro (nivel, advertimos por nuestra cuenta, de la sociología del conocimiento: problemática de la ideología), la condición para que este sistema haya sido pensado no estriba nunca en la existencia de ese grupo»¹⁹. ¿En qué estriba entonces? ¿Cuál es el nuevo nivel del tema?: «Hay que distinguir con todo cuidado entre dos formas y dos niveles de estudios. La primera sería una investigación de las opiniones..., cuáles eran los intereses en juego... La otra consiste,

sin tomar en cuenta los personajes y su historia, en definir las condiciones que hicieron posible el pensar en formas coherentes y simultáneas... El primer análisis revelaría una doxología. La arqueología no puede reconocer ni practicar más que el segundo»²⁰. Esta disociación entre doxología y arqueología corresponde a la distinción entre ideología y problemática o entre sociología del conocimiento y estructuralismo. Pero en tanto arrastra una reforma epistemológica que debe reducir los límites sostenidos de la lengua, la fisura abierta encadena las necesarias extirpaciones, entre las cuales la disolución del sujeto no es sólo más que el principio, y la inquietud por la episteme, una de sus manifestaciones. La disociación entre doxología y arqueología, operada en el seno del lenguaje acostumbrado, asalta la lógica de su continuidad, diferencia el plano de recepción de un discurso gastado del ámbito de operación de un discurso por crear. En efecto, de los dos términos disociados, uno de ellos nos resulta inmediatamente familiar, nada nos asombra ni nos conmueve; arrojarnos a sus brazos no entrañaría más decisión que la del acto habitual cuyos resortes y mecanismos ya conocemos, es la entrega a un maridaje que ha podido ser fecundo, pero se acerca al hastío, al que ya no le quedan más promesas satisfactorias que ofrecer que la de una fidelidad agostada: es el lenguaje de una ciencia de las condiciones de la opinión, de una sociología que, con palabras de Mannheim, ya no aceptaría «los valores de un período determinado como absoluto, y la verificación de que normas y valores están determinados histórica y socialmente nunca podrá escapárseos en el futuro»²¹. El énfasis ontológico del lenguaje clásico es ahora transferido a otra serie de problemas. Pero Mannheim, y con él la sociología, se queda en este lugar del planteamiento: en la búsqueda de nuevos problemas, desde los que situar al sujeto, sin percibir todavía que más problemática resulta la transferencia misma que el objeto sobre que recae o que el sujeto que la padece. «Su designio —propondrá— será distinguir la forma verdadera de la falsa, la forma genuina de la espúrea, entre las normas, modos de pensamiento, modelos de conducta, que existen unos al lado de los otros en un determinado momento histórico.» Cierta ingenuidad ontológica, no obstante su relacionismo, es detectable en este afán por discernir lo puro de lo espúreo, lo objetivo de lo opinable, lo transeúnte de lo incondicional. También en Lukacs es advertible este maniqueísmo de la «falsa conciencia», aunque el criterio dialéctico de la perspectiva de la totalidad no impida una reformulación más actualizada del problema.

Pero el otro término de la disociación invita a la aventura con

la amante desconocida. El galanteo reclama una renovación de las incitaciones y de los requiebros; encubre el temor a un paso en falso y la perspectiva de una persuasiva correspondencia en la reconstrucción del discurso recién iniciado, que no sólo es consciente de su artificiosidad sintáctica, sino también del artificio ínsito en su mera transparencia, en su desarrollo y en su devenir. Este horizonte arqueológico sabe que él mismo construye la arqueología de su horizonte. A partir de ahora ya conoce que no hay amantes inocentes ni galanteadores sin mancha. La conciencia del *a priori* histórico se propone a sí misma como *a priori*. La neutralidad de la problemática exige la sofocación de todo personalismo, de todo subjetivismo, de todo humanismo. Las palabras se ahogan al engendrarse. La problemática de la problemática, fiel a este principio que la provoca, desencadena la revocación de la episteme, la conciencia plena del *a priori* y, por tanto, su relatividad básica y original. A partir de este convencimiento puede operar al resquebrajamiento y la sustitución, abrir la gran falla de las distinciones y proceder al proceso de creación conceptual *ex nihilo*²².

Abandonada en la dialéctica de la continuidad y de la discontinuidad los equilibrios parciales de la problemática, la pregunta debe ser reformulada en este nivel epistemológico tajante y radical que profetiza su ruptura y su eclosión. ¿Por qué este nivel arqueológico de la arqueología, este horizonte neutral de la estructura, esta ruptura epistemológica de la epistemología, surge, impone una mutación arqueológica, epistemológica, estructural? «¿De dónde proviene bruscamente esta movilidad imprevista de las disposiciones epistemológicas, la derivación de las positivities unas con relación a las otras y, más profundamente aún, la alteración de su modo de ser?»²³. ¿Por qué el pensamiento en el que pensamos es como lo pensamos, pertenece a un lenguaje cuya historicidad no sólo es mudable, sino que modifica el sentido de sus términos y la inquietud contenida en sus interrogantes? Y, sobre todo, ¿por qué un pensamiento deja de ser pensado y comienza a pensarse un nuevo pensamiento? A estas cuestiones Foucault no concede el privilegio de la respuesta; cuando más se acerca a ellas desplaza o dispersa su contestación: «Para una arqueología del saber, esta abertura profunda en la capa de las continuidades, si bien debe ser analizada, y debe serlo minuciosamente, no puede ser 'explicada', ni aun recogida en una palabra única. Es un acontecimiento radical que se reparte sobre toda la superficie visible del saber y cuyos signos, sacudidas y efectos pueden seguirse paso a paso»²⁴. ¿Un giro copernicano sin causa; una discontinuidad absoluta que sólo puede ser analizada recorriendo la super-

ficie de los signos que la expresan, pero cuyo sobresalto interior debe ser abandonado a lo innombrable? ¿No puede el discurso que aboga por la arqueología del saber tratar de configurar el lugar en el que puede instalarse su imperativo? ¿Carece de condición la condición arqueológica del discurso?

Buscar tal sentido no significa empañar el respeto por esa red objetiva, aunque deliberada, de la episteme. Tampoco implica preguntarse acerca del sujeto que la teje. Ya sabemos que es una red sin sujeto y que en ello consiste el secreto de su poder de disolución, que es un tejido autoconfigurado cuya objetividad reside en su desprendimiento. La conciencia del saber ha ganado el desprendimiento de la conciencia, la artificiosidad de su artificio. No basta resaltar que el discurso está condicionado por el espectáculo, que las palabras al recaer sobre las cosas no las bautizan *ex novo* ni *ex virgine*; es necesario prescindir del sujeto y convertir su discurso en retórica, hablar a partir de las leyes interiores que sólo se contradicen confirmandose, y preguntarse, además, prolongando la cadena de incitaciones hasta sus últimas consecuencias, dónde se mueve esta voluntad clasificatoria del lenguaje. Este interrogante no reclama una respuesta absoluta, pero reclama una respuesta. Aquí no nos preguntamos por el artifice, sino cómo y dónde es posible que el artificio crezca. La problemática ha dado fe de sí misma renovando las normas del proceso dialéctico y neutralizando el poder metafísico de su desarrollo. Pero la pretensión de modificar radicalmente la episteme debe buscar un refugio adecuado a su pretensión innovadora. Tal es el actual interrogante en el que se encuentra comprometido el discurso sobre la disolución del sujeto.

NOTAS

¹ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 5.

² R. Burt, *Los fundamentos metafísicos de la ciencia clásica*.

³ E. Trías, *Estructuralismo y marxismo y Luz roja al humanismo*.

⁴ F. Saussure, *Curso de lingüística*, p. 49.

⁵ Pierre Bourdieu, *Problemas del estructuralismo y Campo intelectual y proyecto creador*, p. 176.

⁶ Id.

⁷ Trías, *ob. cit.*, p. 14.

⁸ L. Althusser, *Para leer El Capital*, p. 30. En *La revolución teórica de Marx* (Siglo XXI, México, 2.ª ed., 1968, p. 25) Althusser manifiesta que recoge «el concepto de *problemática* de Jacques Martin». Véase también pp. 37, 49, 53-56 y 59.

⁹ Foucault, p. 81.

¹⁰ Id., p. 124.

¹¹ Althusser, p. 42.

¹² C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, p. 356.

¹³ Id., p. 51.

¹⁴ Id., p. 52.

¹⁵ Id., p. 307.

¹⁶ Foucault, p. 158.

¹⁷ Id., p. 166.

¹⁸ Id., p. 189.

¹⁹ Id., p. 198.

²⁰ Id., p. 198.

²¹ K. Mannheim, *Ideología y utopía*, p. 150.

²² «Las ciencias humanas, al tratar de lo que es representación, tratan como objeto propio aquello que es su condición de posibilidad. Así, pues, están animadas siempre por una especie de movilidad trascendental. No dejan de ejercer, con respecto a sí mismas, una reanudación crítica.» Foucault, p. 353.

²³ Foucault, p. 213.

²⁴ Id.